



LA NOVELA CASTELLANA DE HOI

POR

AMANDA LABARCA HUBERTSON

(Conclusion)

Don Ramon del Valle Inclan

«Es acaso de todos los poetas el que ménos ha pensado en la naturaleza de las cosas i en la condicion de los séres. . . Ni por un momento el amargor de la vida i de la muerte ascendió a los labios de este gentil asociador de palabras.— ANATOLE FRANCE, (refiriéndose a Teodoro de Banville).

Martinez Sierra ha prometido apartarse de la bella senda por estimarla peligrosa. Quien será en ella un recalitrante empedernido porque de la soberbia belleza de la frase ha hecho el fin de su vida literaria es don Ramon del Valle Inclan.

«Curioso personaje, curiosa vida de aventuras. Valle Inclan es de orijen gallego; hoi reside en la corte despues de haber andado largamente por la mitad del mundo. Ha sido

cómico, periodista, fraile trapense, militar mejicano. Es un filósofo que sonríe con tristeza al pasar apénas la juventud, i que ha encontrado los divinos refugios del arte bajo los vientos de la vida. En viaje a su ciudad ideal ha pasado por la Mancha i no podrá ocultar jamas sus puntos de contacto con el sublime Caballero. Su quijotismo es excepcionalísimo, complicado de Renacimiento i de misticismo milenario. En política es carlista porque don Cárlos es buen mozo i vive en Venecia... (1).»

Se cuenta que empezara su obra como novelista por entregas, i si es así, largo camino es el que en las letras ha recorrido. Aun en «Cenizas» no se presiente al futuro refinado de «Flor de santidad». De la larga lista de sus obras yo me referiré aquí sólo a «Jardín novelesco», «Memorias del Marqués de Bradomin» (Sonatas de Primavera, de Estío, de Otoño i de Invierno), «Historias perversas», «Flor de Santidad» «Aguila de blason» i «Romance de Lobos», ámbas «Comedias bárbaras», la última de las cuales sólo se ha publicado en 1908.

Estas obras (a escepcion de «Historias perversas») mas que producciones variadas i distintas semejan un sólo ciclo literario: los personajes, si nó son los mismos, son estrechamente emparentados i hai algunos que aparecen con iguales caractéres i nombres en varias novelas; el medio es tambien uniforme, el paisaje muestra iguales tonos, a pesar de lo cual la obra de Valle Inclán no deja la impresion de monotonía. Pero, si un mismo estilo se advierte en sus personajes, en sus acciones i en el medio en que se debaten, éste resulta tan altamente heroico i trágico, que el lector llega a habituarse a mirar ese mundo nó cual mera creacion fantástica, mas como uno real en que el autor hubiera habitado i del cual quisiera contarnos sus remembranzas.

Es un mundo que no ha existido en el tiempo, ni en la historia, pero que hace recordar por sus atrevimientos impúdicos a la época de la decadencia griega o romana, por sus tor-

(1) Ruben Darío.

turas místicas i su catolicismo fanático a los tiempos de la Santa Inquisición i de los grandes iluminados: Frai Luis, Santa Teresa de Jesus... por su séquito de mendigos i de rufianes, por el lenguaje que estos usan i sus acciones i sus figuras, a una cervantesca Corte de los Milagros; por las siluetas de sus abades i de sus Celestinas, al siglo del renacimiento italiano en las mansiones de Julio III; por sus refinamientos perversos i voluptuosos, por sus amores prohibidos i sus frases preciosas, al siglo XVIII frances,

«siglo de encajes i rimas,
galante, enciclopedista,
que pintó las miniaturas
e inventó la guillotina (1).»

No obstante, la psicología de sus personajes no es complicada. El Marques de Bradomin, don Juan Manuel, i sus hijos, son figuras de una sola pieza, que encarnan ciertas cualidades i defectos extra-humanos, demasiado heroicos i trágicos para ser reales i que resultarían ridículos i menguados si no les ayudase a conservar calzado siempre el coturno, el decir refinado, elegante, arcaico a veces. Tienen el perfil de un gran hidalgo clásico, valiente, temerario, audaz; la crueldad orgullosa, de un señor de horca i cuchilla, la rangosa caridad de un castellano, el amor apasionado, la vida ajitada de aquellos hombres que despues de haber luchado i amado mucho, iban en el siglo de oro a concluir su vida en los claustros conventuales. De las damas, apénas se ve deslizar a algunas; son intanjibles, blancas i puras como los lirios, piadosas i fervientes como las santas de quienes poseen la célica figura otras son pobres almas a tormentadas por el pecado, temerosas de Dios, anjelicales aun en su caída; las ménos, sensuales i perversas.

Porque la novela de Valle Inclán es resueltamente erótica i el amor en su forma carnal i voluptuosa aletea en sus pá-

(1) Manuel Machado.

jinas, inflamándolas con terrestre fuego. Almas apasionadas i fogosas, sus marqueses e hidalgos son don Juanes mas sutiles i aristocráticos que el de Zorrilla, mas sentimentales i enamorados tambien, pero con aventuras no ménos numerosas. El mismo autor dice de su Marques de Bradomin: «un Don Juan viejo, feo, católico i sentimental», i las cuatro sonatas en que narra sus distintos amores no aparecen como las únicas en su vivir galante, sino que por el contrario ellas marcan únicamente los jalones de las diversas etapas de su existencia andariega i romántica. Don Juan Manuel que aparece en «Rosarito», (1) en «Jardín Novelesco», en «Aguila de blason» i mas tarde concentrado i doloroso, leon vencido por las angustias de sus recuerdos i la ferocidad de los cachorros—sus hijos del «Romance de lobos»—es tambien un amor audaz i aventurero, que supo saborear juntamente con la dulzura del pecado, el amargor del remordimiento de su alma católica.

Las novelas i comedias de Valle Inclán dejan la impresion de grandeza, de heroicidad i puesto el lector en ese plano de sujestion no siente obscenas sus frases, espantables a veces, ni mira avergonzado el cuadro de los prohibidos i sensuales amores. I esta impresion no sólo emana de su manera de crear los personajes i escenas, ni de ese talento con que pone a la naturaleza circundante en exacta armonía con el alma del hombre i de su actual estado emotivo, (pues si hai algo trájico i augusto en sus cuadros es seguramente el estado de alma que reflejan sus paisajes), fluye mas que de ningun otro factor, de su lenguaje grandilocuente i sabio.

Tiene mucho de D'Annunzio en su estilo. Imitado o nó, sus frases lapidarias recuerdan nitidamente al orfebre de la lengua italiana; tiene como él las construcciones atrevidas, sonoras como voces de trompeta, otras melódicas i dulces como el hablar de la amada gentil. Ha desempolvado los gratos vocablos arcaicos que tan peregrino sabor de antigüedad conservan, i los ha puesto en boca de sus personajes; ha

(1) Cuento incluido en «Historias perversas».

desentrañado de los robustos períodos de los escritores del siglo de oro sus locuciones olvidadas, i con el metal estraído así del acervo castellano antiguo i sus rebuscamientos de eufonía en el de hoi, ha hecho de su cláusula una música única.

El corte de sus comedias recuerda tambien a Shakespeare; un soplo trágico sacude a sus personajes, llevando a sus almas el jérmen de la ideal locura. La intervencion de lo sobrenatural, de los mitos i de las leyendas, léjos de parecernos anacrónicos en una obra del siglo XX, nos resultan armónicos i necesarios.

Felipe Trigo

«No hai mas que un templo en el mundo i ese templo es el cuerpo humano... Tocamos el cielo cuando ponemos nuestras manos en el cuerpo humano».—NOVALLIS.

«Lo que turba a los hombres no son las cosas, sino el juicio que ellos se forman sobre las cosas».—EPICTETO.

Para comprender el alcance social de las novelas de Felipe Trigo, es necesario leer dos obras suyas que sintetizan i dan las causas de sus teorías. Son: «Socialismo individualista» i «El amor en la vida i en los libros», ampliacion de una auto-crítica que leyera en el Ateneo de Madrid i comentario científico de su concepto de la vida i de su finalidad. No hai que olvidar tambien que Felipe Trigo es médico, i que no principió su obra de jóven, probando con esto que ella, no sólo es el resultado de la fantasía, sino tambien el fruto de su observacion i esperiencia en cuanto a médico i en cuánto a artista.

Su primer romance fué «Las injenuas», libro desma-

yado i flojo, de un valor artístico mui inferior al de sus novelas posteriores, pero en el que se encuentran en jérmen todas sus teorías i sus procedimientos. Viene en seguida «Del frio al fuego», mas conciso i mas enérgico, pero ménos trascendental. «Alma en los labios», es ya una revelacion i una revolucion. «La altísima» es el coronamiento de esta ofrenda elevada en aras del amor amplio que es intelectual, sentimental i físico al mismo tiempo, que está libre de todas las ataduras que le crea la moral actual, i que actúa independientemente de nuestros prejuicios. Ha escrito tambien «La sed de amar» i no ha mucho «La Bruta» (1).

Señalando la manera cómo la literatura contemporánea juzga el amor afirma que: «Tolstoy niega el amor, Ibsen lo intelectualiza, Mirbeau lo desprecia, Lamartine—i por él ahora los neo-románticos—lo sueñan intanjible i vestido de alma, D'Annunzio lo rebaja al rango de un vasallaje a su Alteza el Jenio». I hablando de la mujer: «Habreis observado, dice, que han cambiado los tiempos i que hoi hablan las novelas de las mujeres con desprecio. Los hombres son en ellas demasiado egoistas i quieren de un modo particular... Da rabia leer esas novelas, donde parece que no hai bajo los trajes elegantes, mas que hombres i mujeres sin delicadeza... Sobre todo mujeres... Los hombres todavía se ven con sonrisas amargas en la boca. Es decir, con el dolor disfrazado de indiferencia, que se llama humorismo. Tú has leído a Becquer i a Campoamor; la ironía tranquila de estos dos poetas es la que con ménos intensidad i en forma mas o ménos simpática se reparte a los hombres de talento, haciendo de unos, cínicos, de otros, escépticos, de todos, desengañados del amor».

Lo que intenta demostrar Trigo puede condensarse en una frase suya:

«El amor debe ser el ideal supremo integrado por la fusion de los dos grandes sentimientos, pagano i cristiano, que

(1) En 1908 hemos tenido «La de los ojos de color de uva», en 1909, «Sor Demonio» i «En la carrera».

se han repartido el imperio de los siglos, pretendiendo partir al hombre o absorberle, mejor dicho, unas veces la intelectualidad, otras la animalidad... «El amor digno del porvenir, será posible en cuanto se eduque a la mujer i se le restituya igual libertad (absolutamente igual) que al hombre».

En sus obras va desarrollando metódica i científicamente sus teorías, la observacion del mundo actual i la vision de uno futuro, en el cual da a la cuestion sexual la mas alta importancia, creyendo que ésta i la solucion que ha de tener en un sentido o en otro, serán la base en que edificará una sociedad futura—comunista, quién sabe—el artefacto de su complejidad.

Cree que ese complejo que los novelistas, los fisiólogos, los psicólogos i los sociólogos han estudiado hasta ahora con el nombre de amor, no es sino una caricatura en forma de *lujuria* o de *pasion* i que por lo tanto, lo que hasta hoi se ha dicho de él es error.

Habria que saber en este caso si esta equivocacion es efecto de la falseada vision de los que lo han estudiado o si el amor, tal como Trigo lo entiende, no es sino un producto de última hora, una consecuencia de las doctrinas, de los ideales i de las tendencias modernas; porque es posible que Ovidio dijera verdad acerca del amor; pero el que los viejos latinos sentian o llamaban así, no es por cierto el sentimiento que inspira a un poeta actual.

«Hablo en nombre de la vida», proclama Trigo en altísima voz, pero se me ocurre que debería agregar: «de esta vida actual»; porque desdeña aquella cuya memoria nos han legado historiadores i novelistas; niega la que pierden los vejetativos burgueses honorables i la que mienten severos moralistas; habla en nombre de la vida que sienten i entienden sólo algunos cuantos espíritus refinados de hoi, entre los cuales se cuenta él mismo.

Siendo F. Trigo un espíritu avanzado, i reflejando en sus libros sus ideas, sus sentimientos i su concepcion del mundo, sus novelas deben mirarse con la misma serenidad con que

leemos una tésis nueva i atrevida de filosofía o de ciencias. I como éstas tienen su base natural en las teorías actuales i arrancan de lo que hoi se experimenta o se cree, Trigo también va apoyando sus novelas en lo que él llamaría la antigua i falseada vida, contraponiéndola a aquella en que cree ahora i que posiblemente vivirán mañana un mayor número de hombres i mujeres, si ántes una mas fuerte orientación no se acentúa. Sólo que las mismas personas que admiten cualquiera hipótesis científica, con posibilidad en el futuro, por mas estraña i paradójica que hoi sea, no tienen la misma serenidad cuando se trata de hipótesis de vida.

Sin entrar a discutir el mérito o demérito de sus teorías i mirando únicamente la faz artística de su producción, se puede asegurar que la obra de F. Trigo ha sido de originalidad i renovamiento, puesto que su concepcion de la vida i del amor en la forma en que él los desarrolla, son nuevos en la literatura hispánica, i de renovamiento, porque su estilo ha intentado renovar la fuente del idioma, introduciendo nuevos jiros i construcciones, basados en una sintaxis mas lógica que gramatical, pero reñida muchas veces con la tradicion lingüística.

Don Ramon del Valle Inclan hace tambien novela erótica: pero su erotismo no es trascendental, i es esta la gran diferencia que existe en el espíritu de esas dos obras. Aquel amable casticista no intenta mas que hacer arte; Trigo se ha propuesto realizar una obra social: redimir el amor i sus fuentes que han falseado los libros i los hombres. Quiere que se aprecie el abrazo supremo bajo una luz nueva de mística sensualidad, i al amor, no como una lucha en que quedaria un vencedor i una vencida, sino como una fusion completa, la mas alta i bella que pudiera realizar el ser humano. La tarea es mas difícil de lo que a primera vista parece, porque del erotismo a la lujuria no hai sino un paso, i porque las palabras en cuestiones sexuales, se tornan punales de doble filo que herirán a uno u otro lado, segun el espíritu del que las juzgue.

«Cada palabra fué antiguamente un poema» (1). En el largo trascurso de los siglos las palabras que al principio fueron símbolos poéticos han ido poco a poco perdiendo su pristina significacion para dar a entender nó la sencillez de los hombres que la crearon, sino la progresiva complejidad de los que la han ido conservando. Si esto es verdad con la mayoría de los vocablos, lo es mas intensamente que con ningunos, con las voces amorosas. Parece que al pasar por boca de tantos seres que las pervirtieron, que las falsearon, hubieran perdido su ámplia belleza primitiva. Para hablar de lo que espíritus mas refinados entienden por amor ya no hai palabras. Ninguna evoca pura i castamente el sentimiento de mística voluptuosidad, el sentimiento complejo e infinito que algunos sienten, pero que nadie sabe cómo denominar.

El novelista erótico se encuentra, pues, empeñado en una mui difícil eleccion de vocablos, i a pesar de su talento, no acertará a evocar nunca la misma idea que quiere sujerir (2): es así como a Trigo se le tilda aquí de pornográfico, cuando nó de inmoral i perverso (3).

Sus teorías avanzadísimas respecto a la libertad femenina i a la constitucion de la familia son las que mas asustan a los que creen en que las formas de sociabilidad actual son inamovibles; pero es saludable i útil, de cuando en cuando, aventurarse en la exploracion de estos espíritus atrevidos, porque algunas veces sus teorías inaceptadas ensancharán un tanto la amplitud de nuestro criterio.

(1) Emerson. «Siete ensayos». «El Poeta».

(2) «Pobre palabra, abrumada con la enorme presuncion de resumir la varia i móvil i plástica riqueza multicroma i sonora de las almas i las cosas! «La altísima», páj. 57.

(3) Dice Bibly Diora: . . . «Las perversidades eróticas me parecen tontérrías.

(Victor)—Tú me ofendes.

—¿Yó?

—Prefiero creerlo a creer que no entiendes mis libros. En ellos no hai nada de perverso.»—«La Altísima», páj. 192.

Hai que comprender tambien que tienen mucho de metafórico sus novelas. Entiendo que las descripciones frecuentes de erotismo en «La sed de amar», por ejemplo, no deben considerarse como simples trascripciones, sin mayor trascendencia, sino como simbolos de las distintas etapas pasionales. I si este autor ha llegado en la descripción del rito amoroso, poco mas allá que sus colegas de la península, los que están familiarizados con la novela francesa, no pueden encontrar en ellas mas orijinalismo que la plasticidad con que Trigo realza sus escenas.

Talvez el final de la dedicatoria de «Alma en los labios» dará una idea de su simbolismo i de su estilo condensado:

«A Jolanda:

«Ebrio... ¿ebrio?... alzo el jarro, vierto vida i os la brindo en una copa. El jarro, pláceme, es tosco, fuerte, de cobre. La copa, de cristal de alma. La vida, pura».

Una orijinalidad mas en sus novelas es que el lector nunca sabe dónde termina la ficción libresca i dónde principia el recuerdo vivido. Los mezcla tan a menudo i hai en sus libros tantas reminiscencias de vida que unos i otra aparecen como algo inseparable. Es por lo demas uno solo el hombre que por las páginas atraviesa, Dario, Víctor, Luciano, diferentes nombres, pero una sola personalidad, *él*, quien habla, quien escribe, quien novela, quien vive...

De sus teorías es el único representante, *él*, de quien él mismo ha dicho: «déspota insufrible, paradójico amante sutil, del odio a todo i a él propio...», contradicción, problema de sí mismo, era él... ¿qué hacerle! (1)

El intenta ser el hombre complejo i completo de hoy, intelectual, sentimental i animal; intenta condensar en sí mismo todas las distintas i desordenadas corrientes de vida, siempre que sean en realidad vida i vida intensa. Es un intelectual, pero no quiere ser el profesional del arte, ni inventar con sus estrechos moldes ningun artefacto. «Bebo mi fé en

(1) «La Altísima». Pág. 56.

la vida, en vivos libros graciosos i estensos que Dios me presta» (1) i desea hacer de su existencia, sus libros; de sus exploraciones en ella, la orijinalidad de su obra.

Es un sentimental que siente la belleza de las cosas i los seres, que cree en un mas allá i en un Dios, que en su misma voluptuosidad es un místico (2), pero que no abdica de su parte material, sino al contrario, intenta elevarla por medio de sutilezas espirituales i lirismos de la carne.

El: ¿Felipe Trigo? no lo sé. Darío, cualquier héroe de sus novelas... no importa. *El* ensaya efectuar una obra de humana perfeccion i grandeza, i aunque en la vida fracasaran sus intenciones, se bastardearan sus teorías i se mal comprendiesen sus ideales, bastaria para recordarlo su altísimo intento.

Las mujeres en la obra de Felipe Trigo

Firmes, nítidas, esculpidas en alto relieve, aparecen en la produccion de Trigo las figuras femeninas. Son ellas las que han dado vida a sus novelas, son las que alientan de savia nueva sus pájinas elocuentes. De sus siluetas masculinas sólo hai una—la de Darío, que se repite en Luciano, en Victor i en el héroe de «Del frio al fuego»—la que perdura; las demas empalidecen ante el resplandor que rodea a las adorables Sarah, Flora, Amparo, Sira, Adria, Aurea, Graciela... Todas llenas de vida i de verdad, han dejado engarzadas en las frases del autor, pedazos de alma.

En la literatura moderna española, no hai a su lado quien ose colocarse. Doña Emilia tiene figuras de mujer esquisitadas, inolvidables, pero esto nada tiene de extraño. Pio Baroja i Ciges Aparicio no las colocan en primera fila i apenas

(1) «La Altísima». Pág. 180.

(2) «Yo soi tambien un místico. Yo debo conservar algunas medallas de mi infancia... i ya ves que es idéntico mi afan al del *Rei de los cantares...*» Idem. Pág. 123.

si las esbozan débilmente de cuando en cuando. Las de Acebal i Martinez Sierra tienen la gracia humilde i amable del ideal soñado, las de Azorin no son las mujeres de hoy, son las últimas nietas de aquellas damas encubiertas i recatadas de que hablan Calderon i Lope. Las bellas pecadoras de Valle Inclan, son medioevales, son italianas, son siglo de oro... son todo el bello espíritu femenino que impulsara a todas las preclaras mujeres pasadas i presentes, pero ni son las de hoy, ni han vivido esta vida inquietante.

En cambio, las de Felipe Trigo!... Se las siente vivir en todos los momentos, hai algo de su sangre cálida i de su sonrisa injenua, que en traicionera instantánea ha quedado para siempre estereotipada en los capítulos de sus novelas.

Cierto, hace falta que vivan un poco la existencia superficial i vana del rodar de los días, porque ha querido el autor en casi todos los casos, darnos la sensación de su vida íntima, de esa que no se cuenta a los amigos, ni que pregonan los periódicos, pero que se encuentra en casi todos, con poco que se ahonde en la personalidad. Falsa la primera, hecha de mentiras i convencionalismos, de frases estudiadas i de lugares comunes; pero cierta en la verdad de la vida i con igual derecho que la interior a la observación del novelista que quiera darnos la compleja sensación de la vida moderna.

Felipe Trigo ha despreciado por fútil a aquella i ha colocado a sus personajes en un medio especial, orijinal casi, en el horno de una intensa vida intelectual, i allí los ha despojado de sus vestiduras de prejuicios i convencionalismos. Como a sus mujeres, vemos también las almas al desnudo.

I esto es lo que estraña en sus novelas, lo que choca i predispone en contra del autor. No se puede olvidar que su lectura enciende sonrojos i levanta protestas indignadas del rubor del alma o del cuerpo. Es necesario haberlas leído enteras i completas para juzgar desde un punto de vista más abstracto, i apartando los detalles i analizando las ideas, formarse un sereno concepto de la obra de Trigo en jeneral.

Tal como ha hecho una selección en la existencia, eligiendo una sola para trasladar a su arte, así también ha hecho

una seleccion de tipos femeninos. No se encuentran en ellos los altos espíritus castos i severos de algunas mujeres, la pureza de algunas almas que no sienten el peso de su vaso material, las bellas vidas de sacrificios i humildades que se deslizan como una bendicion en parajes ocultos e ignorados. I esto tambien es belleza i es verdad. Para esponer sus teorías i delinear la figura de la mujer del porvenir ha hecho caso omiso de esas siluetas (seria un error considerarlas excepciones) i ha tomado en cuenta sólo la mujer apasionada, ansiosa de amor i de vida.

Son las mujeres actuales: Sarah, Flora, Amparo, Sira... son aquellas que no han podido redimirse de su esclavitud por carecer de una intelectualidad suficientemente poderosa que les alcance a iluminar la senda venidera. I pasan con sus destellos que fatalmente han de apagar la sociedad i las jentes, pasan llevando la conmiseracion del hombre, que asocia a la palabra de fútil galantería: «señorita», toda una serie de ideas de rutina, de prejuicio i de maldad. Pasan llevando a cuestas el fardo de sus pecados de vida... Son figuras dolorosas. Cada una lleva un rictus distinto de dolor en sus labios que sienten la nostalgia de unos besos perdidos. Sarah, gentil i precoz, la chiquilla que viste, en un rapto de apasionada locura, los trajes de su madre para parecer mas mujer ante el amor que espera, i Flora que es Sarah un poco crecida i mas refinada, son de estas figuras las mas sobresalientes e inolvidables, porque viven mas intensamente su corta vida de amor.

I luego vienen las ideales, las que tienen su tienda en el porvenir: Graciela i Adria. Las que ha querido colocar en un nivel exactamente igual al del hombre, las que ha querido dignificar por el amor i el trabajo (1).

(1) «Yo veo en el porvenir de la mujer una vida de trabajo completamente igual a la del hombre».—«El amor en la vida i en los libros.» Páj. 161.

«En suma que yo no dudo en aceptar una igualdad intelectual i moral absoluta entre el hombre i la mujer. El trabajo le dará mas alma a las mujeres.» Idem, páj. 166.

Sólo que se me ocurre preguntar ¿es Graciela el ideal? Confieso sinceramente que para mí no lo es. Yo extraería de su personalidad i de su vida todos los rasgos de masculinismo que consciente o inconscientemente el autor le ha dado, i así talvez la aceptaría. Con su misma poderosa intelectualidad, con igual entereza de carácter, con idéntico amor a la verdad, hubiera sido posible crear un tipo femenino mas alado i gracioso, mas amable i simpático tambien.

Amo la figura dolorosa de Adria. Desde su cara de vírjen morena, desde su cara en que lucen los lunares, hasta sus manos finas i sus piés «como dos tímidas flores gemelas», todo en ella es gracia i es amor. En ella palpitan la hija sumisa i obediente, la madre cariñosa i tierna, la querida, la amante, la esposa, ella es la esencia del alma femenina en sus mas altas, como en sus mas bajas exteriorizaciones. No tiene como Graciela «un sol en el cerebro», i si lo hubiese poseido, habria sido mas grande i mas perfecta que ella. Pero no lo necesita, para que su alma resplandezca le ha bastado «su ideal de juventud en el corazon», le ha bastado ser ella misma, injénua i tenebrosa, perdida i altísima.

«No pudo recibir la Vida, no pudo recibir el Amor, sin enloquecer, la *triste Adria!*»

Un delirio la abrasó miserias del pasado. Otro la habia borrado entera su vileza. Diáfana, ideal, fantasma de si propia, la miserable no hubiese podido envolverse de otro modo en el pleno Amor, la nacida para amar únicamente. Quedaba en su simplicidad pasmosa, que ella por su calvario de ignominia supo irradiar con mudas i amargas sonrisas para todo, desdoblada la duplicidad tremenda de su sér. Libre la ALTÍSIMA, muerta i olvidada i dejada atras la perdida, *en el camino*, para siempre...

... Mirándola, mirándola cruzar blanca entre las rosas a la luna, se preguntaba cuánto aun hubiesen de tardar en ser así, divinas locas, divinas niñas, pero con la gracia apasionada que habia perdido Adria en su destrozo de mujer, todas las mujeres... (1)».

(1) «La Altísima». Pág. 419.

.....

Mi estudio ha de ser breve, mi conferencia corta... I yo no concluiría si continuase hablando de las múltiples visiones que me evocan las mujeres de Felipe Trigo.

De la vida i del amor.

Uno de los rasgos que mas distingue esta novela nueva de la naturalista que le precedió, es su manera de considerar la vida i el amor. Teniamos en aquella las notas necesarias de la pasion i la vida, ajustadas al desarrollo de la obra. Se amaba, se deseaba, se llegaba hasta a poseer a la mujer querida, i todo ello con grandes párrafos que traducian la importancia que tal acto tenia en la vida... de la novela. Cuando la pasion no era burguesa, habia de ser prohibida o adulterina, i de sus luchas, de sus errores o de sus pecados hilvanaban los capitulos. I todas las novelas se parecian: habia un maestro Zola, Flaubert, Goncourt, Daudet, quizá tambien si para algunos Pereda, o Valera, que daban el tono i los demás componian sus temas sobre el *leit motif* de última hora.

Hoi en la novela, como en todo el arte, no existen una o varias tendencias únicas. Señalar una armonía en el jeneral desconcierto, un orden en la actual anarquía intelectual es mui difícil. Se llama a este movimiento «Modernismo», pero la palabra en sí misma nada significa i tan modernista es Ciges Aparicio como Felipe Trigo.

Se hace preciso, pues, estudiar las tendencias individuales de los que siguen los contemporáneos rumbos.

Seduca a algunos autores la intensidad de nuestra vida intelectual que se desarrolla, naturalmente, á espensas de la animalidad i del sentimentalismo. Tales son las últimas novelas de doña Emilia i las de Alberto Inzúa. El amor en ellas no

es la vida entera, es un episodio apenas digno de considerarse, i las mujeres, en doña Emilia, amables figuras accesorias, i en Inzúa carne de voluptuosidad necesaria. Luisita i Amparo (1) no son las compañeras de Alfredo Sangil, son las sirvientes de su erotismo, que nada saben de su vida íntima, ni de su intensa cerebralidad. Pasan a su lado sin fundirse en él, sin que él desee, ni necesite tampoco, otra clase de mujer. Su pasión por la futura teresina es un impulso débil que no alcanza a tornarse en fuerza motriz.

En Pic Baroja i en Ciges Aparicio—como decia anteriormente—tampoco existen culminantes. Es siempre la vida intelectual la que prima, por mas que Baroja diga la inutilidad de las ideas. Los conflictos i problemas del pueblo, las teorías sociales, políticas i relijiosas, la esclavitud moderna, son cosas todas estas a las cuales no alcanza, segun el parecer de tales novelistas, la mentalidad femenina. Luego, la mujer está casi totalmente desterrada de ellas.

Impera soberano el sentimentalismo en la obra de Martínez Sierra i de Acebal... Sus hombres parecen haberse sentado a descansar a la orilla del camino, despues de la larga jornada de esfuerzos mentales; han hecho su ruta talvez i ahora desean entregarse al amor, a la paz, a las bellas ilusiones... I sus mujeres las encarnan; son ellas aéreas, jentiles en el bien i en el mal, apasionadas. Hai algo de neo-romanticismo en sus novelas, quién sabe si por lo cual nos parecen ménos valiosas i robustas como perenne obra de arte.

En Blasco Ibáñez queda todavía la concepcion de la mujer que trazó el alto naturalismo, bondadosas o malvadas, bellas o feas, no son, con raras escepciones, (2) siluetas amables i simpáticas. Se trasluce demasiado, bajo la descripción de su vida, a la hembra, i el pecado orijinal las envuelve en una atmósfera malsana a la cual rara vez logran sustraerse.

Pero el amor en sus producciones suele ser mas completo i

(1) En «En tierra de Santos» i «La hora trágica».

(2) La protagonista de «Entre naranjos» es una escepcion.

real que el que detalla Martínez Sierra. Sus personajes viven mas ampliamente una existencia armónica en que no hai hipertrofias del cerebro o del corazon, pero donde alcanzan a veces a predominar los instintos animales. Sus hombres son mas primitivos i menos refinados que los creados por los demas novelistas de hoi.

Don Ramon del Valle Inclán i Felipe Trigo novelan por i para el amor, para un amor eminentemente sexual el primero, para uno que intenta ser intelectual, sentimental i animal, el segundo. Son los novelistas eróticos que han hecho florecer la vida en las letras hispánicas. I si para el primero la única funcion de la mujer es el amor, Felipe Trigo reclama para ella todas las oportunidades de vida que se presentan al hombre.

Es entre los artistas de hoi, el que mas hondamente se ha preocupado de la cuestion femenina i que la ha solucionado a su modo, sin que por ello se le pueda tachar de orgulloso utópico. Acaso ideara tantos sueños por mera caridad hácia la degradada por la civilizacion. «Nunca entendió tanto la caridad de sus libros»... (1) Por caridad o por justicia, lo cierto es que la mujer española le debe el que haya sentido su desgracia i deseado remediarla.

Dice así:

«Por mucha dureza que el porvenir les guarde nunca podrá ser tanta como la que hoi sufre la mujer gallega, labrando tierras tras de una yunta de sol a sol; nunca tanto como la costurera, condenada a pasarse los dias enteros en el taller i las noches talvez llorando de tristeza; nunca tanta como a la dama, prisionera perpétua de su hogar, de donde no puede salir sino con guardas, a ménos que desconfien todos, i su marido el primero, de su lealtad i de su virtud.

Hallar una condicion mas dolorosa que la mujer actual, es difícil».

(1) «La Altísima». Pág. 104.

Comprobándolo, Felipe Trigo sueña en la redencion de la mujer por medio de un amor que llenará por completo la vida, que fuera multiforme i perfecto, i en que la mujer i el hombre encontrasen la mas amplia satisfaccion de sus ideales inteligentes, de su viva sentimentalidad i de sus instintos fisicos.

He querido remarcar la nocion de la vida i del amor en los distintos autores nuevos para arribar a la conclusion de que leyes jenerales i normas únicas, no existen en ella. Queriendo cada uno desarrollar su propia individualidad no se afilian ni en escuelas, ni en cenáculos. No son realistas, ni neo-románticos, todos ellos representan el conjunto de la vida inquieta i desordenada que vive nuestro siglo.

Conclusion.

Bien hubiera querido yo insertar otros nombres en esta breve esposicion de la hispánica novela actual, porque comprendo que mi trabajo puede pecar de incompleto. Sin embargo, de Mauricio López Roberts, de Pedro de Répide, López Ballesteros, Andres Fernández Blanco, López de Haro i muchos otros, no he llegado a formarme una conciencia clara de su personalidad artistica. Confieso sinceramente que de todos aquellos que han dejado una huella en mi espíritu he venido a hablar aquí, escluyendo voluntariamente sólo a uno, cuyo talento no basta a hacerme olvidar las lindezas e injusticias que, sin conocer nuestra literatura, ni nuestras jentes, ha dicho de ellas.

He pensado tambien que era imposible agrupar a estos libros i a estos autores en determinados órdenes literarios, por lo cual he preferido conceder a cada uno el sitio particular, que holgado o estrecho, han podido tener en estas páginas de vulgari-

zacion, las cuales por su índole misma, no pueden ser ni mas estensas, ni mas científicamente documentadas.

A menudo leo en revistas i libros que la opinion dominante de los españoles es que sus letras dejeneran i, que comparando la produccion artistica de los años que van corridos del siglo, con los últimos del XIX, se advierte una notable decadencia. Me esplico que tal afirmen los que se van, porque «siempre cualquiera tiempo pasado fué mejor», pero que lo crea asimismo la jóven jeneracion, me parece imposible.

Es indudable que el espíritu que informó la obra artistica producida entre los años 1880 i 1900, es de un carácter completamente distinto, especialmente en el terreno de la novela, a la que aparece despues de la última fecha. Sin entrar en los detalles i juzgando el conjunto, se nota con facilidad que la primera es mas robusta, mas enérgica tambien que esta otra, pero en cambio la nueva la aventaja en análisis, en sutilezas, en finura i filigrana. Por lo demas hacer intimas i detalladas comparaciones entre ellas es casi una tarea pueril; cada una tiene el valor que le asigna la época, la necesidad artistica de la cual nació, el carácter que le dieron los hombres que la desarrollaron. No cabe paralelo alguno de valoridad entre Pérez Galdós por ejemplo i don Ramon del Valle Inclan. Lo que se debe apreciar es si esta literatura de hoi responde o nó a las tendencias de esa minoria intelectual que va a la vanguardia de la civilizacion, si el conjunto de obras modernas reflejan en verdad i belleza los ideales, los modos de ser, los sentimientos, los instintos de estos hombres actuales.

I si los ideales, los sentimientos i los instintos de estos hombres son de seres en decadencia, si la raza va feneciendo, si este momento histórico es de crisis i de caos ¿cómo puede pedirse que la literatura sea de resurjimiento? I como el saber si la raza decae o nó, es un problema bastante arduo i complejo sobre cuya solucion es difícil ponerse de acuerdo, no se podrá hoi afirmar ni negar la decadencia de la litera-

tura, i solo puede asegurarse que esta refleja la época actual fielmente.

Porque la correspondencia fiel de la obra literaria con el momento histórico i la fuerte individualización de ella, son hechos que se imponen, axiomas fuera de discusión.

Amo esta nueva literatura de inquietudes i refinamientos, de sutilezas e idealidades, me place verla colocando sobre todo otro ideal el de la Suprema Belleza, me place sentirla abierta a todos los vientos de la civilización, a todas las palpitaciones de la vida. El aliento de su juventud vivifica, porque abrasa en amor i en verdad. I me digo que si «La Horda», «Entre Naranjos», «La Quimera» i «La Sirena Negra» pertenecen a este cielo literario, es porque la irradiación de la juventud intelectual ha hecho permanecer tiernos i jóvenes estos talentos que han llegado a su madurez; que si «Huella de Almas», «Antonio Azorin», «La Altísima» son la obra de los que no ha mucho tiempo principiaron, podemos esperar con fiadanza que mayores i mas grandes obras de arte inscriba este movimiento en la historia artística de nuestro idioma.

Saludemos a los novelistas castellanos de hoy como mensajeros de felices nuevas. Así, la tarea de darlos a conocer es grata i placentera para mí, porque como dice hermosamente Andres Fernández Blanco «una de las mas bellas ideas que puede concebir el crítico, es soñar con esos talentos que se están incubando en la soledad i que llenos de promesas saldrán un día a luz».